

Emiliano la conveniencia de que se mandara cesar el fuego, conservando los nuestros las posiciones que ya tenían, para en un cortísimo armisticio, intimar por última vez la rendición de la plaza. Emiliano, atendiendo nuestra indicación, dispuso que el ayudante que nos había traído la noticia del incendio provocado por Morales, dijera a éste que suspendiera el fuego. Igual cosa se le comunicaba a Amador y a Eufemio, con otro ayudante, cuando se oyeron unos toques de clarín, para nosotros desconocidos.

Emiliano sonrió.

—¡Vaquero!—dijo a Felipe Vaquero, jefe de órdenes— manda tocar cese el fuego.

El agudo sonido del cuerno se dejó oír en medio de aquel estruendoso rumor de fusilería, como el canto de la sirena en medio de un mar enfurecido.

El toque del clarín de los federales había sido *parlamento*. Zapata, que había servido al ejército por algún tiempo como “juan” en el noveno regimiento, conocía los toques de clarín y sabía que la llamada a *parlamento* indicaba que los defensores querían entrar en arreglos para rendir la plaza. Como que no podían hacer otra cosa, dado el agotamiento moral y el total aniquilamiento de sus filas.

Cesó el fuego por ambas partes. A la sazón se presentaba en nuestro campamento el señor don Alejandro Sanvicente, vecino de Jonacatepec en aquel entonces y persona muy estimada por ricos y pobres por su comportamiento de hombre honrado y equitativo. Era conocido personal de Emiliano.

Sanvicente, con un valor temerario, desafiando a la muerte, aventurándose a cruzar la línea de fuego y en evidente peligro de que nuestros muchachos lo tomaran como espía gobiernista o como “científico,” porque usaba saco, había llegado hasta nosotros en medio de una lluvia de balas.

Venía a suplicarle a Zapata que entrara en tratos con los defensores de la plaza; que él, Sanvicente, estaba seguro de que los federales, ante lo inútil de todo intento de resistencia, cederían, y que de este modo se evitaría la total destrucción de Jonacatepec por medio del incendio.

—Bueno—respondió secamente Emiliano.—Ya que se interesa usted tanto, dígame al gobierno que si no me dan la plaza, la tomo hoy mismo, aunque tenga que quemarla y no queden más que cenizas del pueblo.

Después añadió dirigiéndose a Montañó:—Para que no lo pongan en duda, escríbeselos en un papel y dámelo para que yo lo firme.

* * *

Mientras tanto, en Jonacatepec se desarrollaban escenas verdaderamente conmovedoras en cada casa por donde iban pasando los muchachos.

Hombres, mujeres y niños, todos recibían brutales ultrajes de aquella avalancha de energúmenos, que parecía que brotaban del fondo del infierno cuando salían de los boquetes practicados en los muros, y su primer acto, validos de la fuerza, era hacer burla sangrienta de cuantos hombres encontraban a su paso y a los que nunca dejaban de maltratar con palabras soeces, cuando no los acribillaban a balazos, castigo menos cruel que las horribles humillaciones de que los hacían víctimas casi siempre.

A los hombres que tenían la desgracia de caer en las manos de aquellas chusmas, se les decía desde luego que iban a ser fusilados, y en medio de las súplicas de las mujeres y del llanto de los niños, se hacía que el desgraciado sujeto a aquellos martirios se arrodillara, y cuando toda la familia, en medio de una indecible angustia esperaba la descarga de la fusilería, aquellos libertinos, dando salvajes alaridos de satisfacción, se conformaban con abofetear a su víctima, golpeábanlo con las culatas de las carabinas y hacíanle pequeñas heridas en todo el cuerpo a punta de machete, arrastrándolo de los cabellos, completando casi siempre su

infernial hazaña, cuando ya aquella víctima infeliz estaba reducida a la más completa impotencia, con violar en sus propios ojos a cuantas mujeres encontraban en la casa, lo cual hacían derribándolas al suelo y sujetándolas fuertemente de piernas y brazos para que no pudieran moverse.

Después entraba el saqueo; se llevaban cuanto de más valor había y podía ser cargado fácilmente, y se destruía lo demás con verdadera furia.

Estas escenas de horror, peores mil veces que la misma muerte, se repetían con más o menos lujo de crueldad; pero se repetían siempre en todas las casas, sin que lágrimas, súplicas, promesas ni nada, lograran conmover el endurecido corazón de aquellos hombres, convertidos en fieras humanas, llenas de odio y de rencor contra todo aquel a quien consideraban "científico."

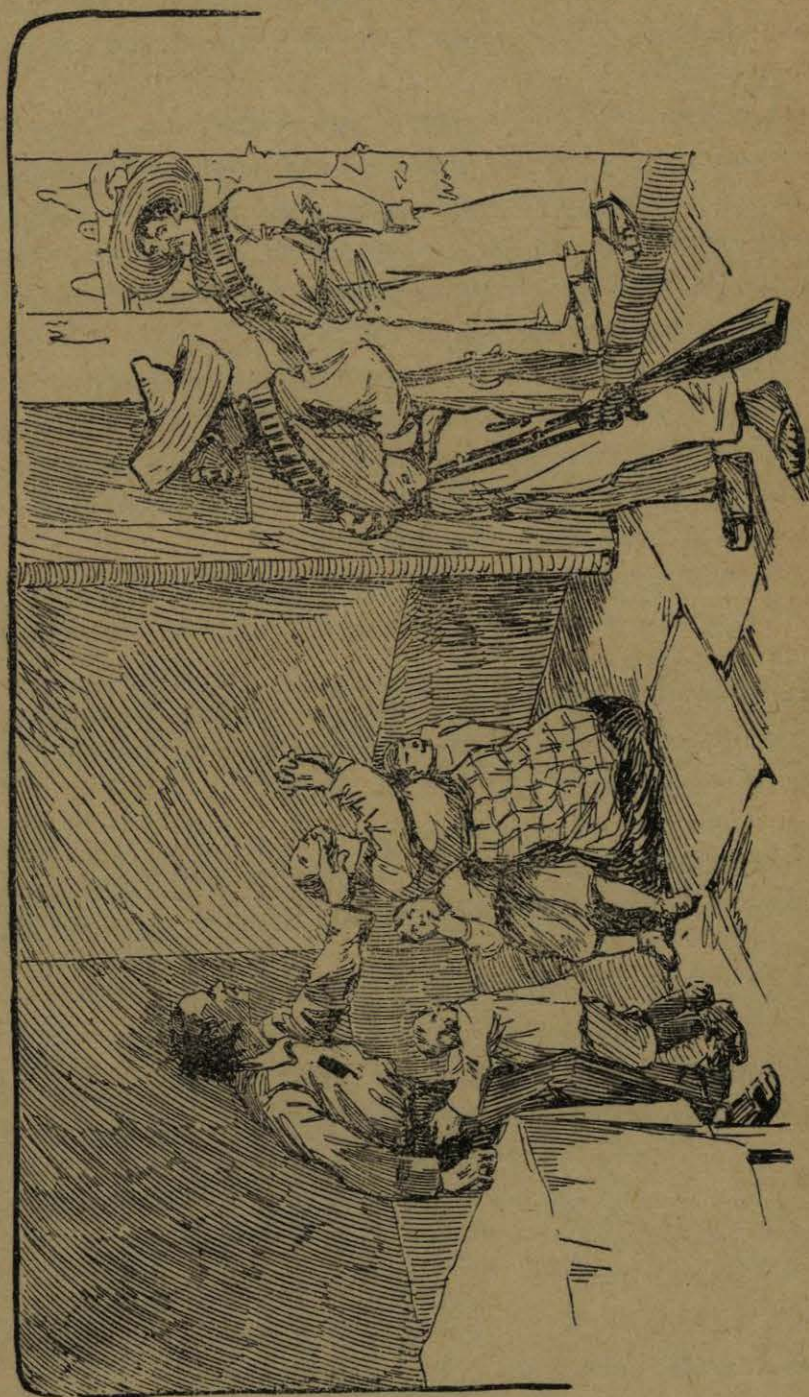
Al llegar nuestros hombres a la casa que ocupaban los telégrafos federales, hoy convertida en ruinas por la tea incendiaria de la revolución, el telegrafista, un joven de apellido Varela, corrió a ocultarse tras de un montón de zacate seco que había contra la pared, en uno de los extremos del corredor de la citada casa, mientras su angustiada esposa, rodeada de sus tres pequeños hijos, se arrodilló a los pies de aquella turba de desalmados, pidiéndoles por misericordia, en medio del llanto conmovedor de sus hijitos, que dispusieran de todo lo que encontraran en la casa; pero que no le hicieran nada ni a sus hijos ni a ella.

—Déjese de aspavientos, vieja mitotera, y díganos onde está el telegrafero—rugió uno de los del grupo, mientras los demás hacían un minucioso registro en toda la casa.

—Señor, le juro a usted por Dios, que no está aquí, que se fué de la casa desde el primer día en que comenzó el combate.

—Díganos "onde" está, o le matamos ahora "mesmo" a sus chamacos.

—No está aquí, señor—replicó la angustiada mujer.—Se lo juro a usted por Dios, que no está aquí. . . .—y pálida, aterrada, casi presa de locura, empezó a dar gritos aquella infeliz, por la terrible amenaza de que le iban a matar a sus



Papacito lindo gritaron los niños dolorosamente. . . .!

hijitos, quienes ante aquella actitud de supremo dolor de la madre, se le colgaban del cuello y la abrazaban fuertemente, como buscando abrigo contra la furia desencadenada de aquellos miserables.

Los ojos llenos de lágrimas de aquella pobre mujer que, nerviosamente, se fijaba con frecuencia en el montón de zacate, que se movía a impulsos de la fatigosa respiración de quien detrás se hallaba oculto, hizo sospechar a aquellos hombres que allí estaba Varela, e inmediatamente se lanzaron sobre su inermes presa como lobos hambrientos.

Uno de los del grupo gritó entonces con voz de mando:

—Alto; vamos a quemar a esa tuza dentro de su escondite —y adelantándose el primero, acercó la flama de un cerillo al zacate, que instantáneamente empezó a arder, en medio de los gritos salvajes de todos “los muchachos.”

El pobre telegrafista salió entonces de su escondite; su ropa empezaba a arder y presentaba ya algunas quemaduras en las manos y en la cara.

—Señores—dijo:—soy un pobre hombre trabajador y honrado, único sostén de esta infortunada familia, y jamás le he hecho mal a nadie, ni nunca me he metido en política.

—Usted es un chismoso que ya ha de haber mandado decir por los alambres que estamos aquí, y habrá pedido fuerzas del gobierno que nos vengán a perseguir. Hínquese, que lo vamos a fusilar.

—Papacito,—gritaron los niños dolorosamente—papacito lindo, te van a fusilar—y rodeándolo se le echaron encima cubriéndolo de besos y luego, en el colmo de su desesperación, se arrodillaron frente a la turba que lanzaba satánicas carcajadas y prorrumpieron, juntando sus manecitas:

—Señores, perdonen a mi papacito perdonenlo por Dios....perdonenlo....

—Señores—repitió Varela—por estos inocentes niños, dignos de compasión, por los hijos de algunos de ustedes, respeten mi vida, porque soy el único sostén de estas criaturas.

—Vaya—dijo uno,—que lo salve su humildad—y propinándole con la carabina un fuerte culatazo que lo derribó por

el suelo, le dijo airadamente:—Tenga, “pa” que no se ande escondiendo de los hombres.

Lector: si vas a Jonacatepec, a Cuantla, a Jojutla, a Yautepec, a cualquiera otro pueblo de Morelos, por donde hayan pasado como una maldición del cielo las hordas de Zapata, no habrá, seguramente, casa en donde no te refieran escenas como las que acabas de leer y otras más horripilantes todavía, cometidas en nombre de la libertad y a la sombra de ideales tan elevados como el de reivindicar los derechos conculcados

* * *

Ya al caer la tarde de aquel día, el cielo de Jonacatepec empezaba a teñirse de escarlata, al reflejar la rojiza luz del incendio, que se propagaba rápidamente por distintos rumbos de la ciudad.

El radio defendido por las fuerzas del valiente capitán Esnaurrizar, del denodado Larrañaga y del heroico León, era cada vez más estrecho.

Podía decirse que estaban quemando ya sus últimos cartuchos; pero parapetados en sus últimos reductos, que eran las torres de la parroquia y las azoteas del palacio municipal y de la tienda de don Gonzalo Aragón, todavía mantenían a raya, bizarramente, a sus formidables enemigos.

Los valientes defensores de Jonacatepec habían disminuído de manera alarmante, mientras en las filas revolucionarias se multiplicaban los hombres de manera que maravillaba, pues de todos los pueblos adyacentes le llegaban numerosos refuerzos a Zapata, que sonreía satisfecho ante la proximidad del triunfo; no obstante, y aun cuando eran sólo unos cuantos los supervivientes de aquella heroica defensa, éstos continuaban luchando aún con el mismo denuedo, con

la misma arrogancia, revelándose un héroe en cada soldado.

La gente del pueblo bajo de Jonacatepec especialmente la del barrio de Veracruz, se había unido a los asaltantes.

—¡Viva Madero!

—¡Viva el general Zapata!

—¡Abajo el mal gobierno!

—¡Abajo los pelones!

—¡Mueran los científicos!

De centenares de bocas partían diversas exclamaciones por el estilo, cuyos gritos se unían al fatídico ruido ensordecedor de la fusilería, que arreciaba de parte de los asaltantes a medida que disminuía de parte de los asaltados.

Y en medio de aquella lluvia de balas, con una tranquilidad estoica, paso a paso, desafiando la muerte en cumplimiento de un deber humanitario, Alejandro Sanvicente, montado en un caballo mapano y portando en la mano una bandera blanca, atravesó por el centro de la plaza, con dirección a la parroquia, llevando la comunicación del general Zapata, en la que por última vez pedía la rendición de las fuerzas federales.

El pliego de Emiliano estaba dirigido al capitán Esnaurrizar, por ser el jefe político; pero éste no quiso contestar sin antes ponerse de acuerdo con el jefe de las armas, capitán León, teniendo desde luego una corta conferencia, en la que Sanvicente les manifestó la necesidad de rendirse a Zapata, ya que prácticamente estaba demostrado que todo esfuerzo sería inútil, dada la superioridad del enemigo; en cambio, toda resistencia daría por resultado la destrucción completa del pueblo; eran los vecinos los que pedían, por humanitarismo, que se rindiera la guarnición federal; pero el valiente capitán León, sin importarle nada su vida ni la destrucción de Jonacatepec, con tal de que saliera ileso de aquella hecatombe el honor del ejército, contestó resueltamente: "Mi deber es morir antes que ceder. Estoy en mi puesto; firme cumpliré con las sagradas obligaciones que me impone la ley militar."

Esnaurrizar, sin embargo, que como jefe político tenía la obligación estricta de velar por el bien de la población, hizo

comprender a su compañero que el honor militar estaba ya salvado y que, además, toda resistencia sería inútil, pues ya no había parque para seguir combatiendo.

Ante circunstancias tan críticas, León, después de reflexionar un momento, prorrumpió con un signo de profundo coraje: "Está bien; que venga Zapata a concertar con nosotros, conforme a ordenanza, las bases de la rendición; su persona tiene entre nosotros toda clase de garantías."

Sanvicente no esperó más; comprendiendo que no había tiempo que perder, partió a galope tendido con dirección a Los Zapotes, lugar donde tenía establecido Emiliano su cuartel general.

El emisario trató de convencer a Emiliano para que, según lo deseaba el capitán León, fuera a la plaza a concertar con los defensores de ella lo relativo a la rendición; pero "el general" se negó, agregando con firme resolución: "y no por miedo, sino porque ellos son los que tienen que venir a rogarme." Y luego, dirigiéndose a uno de sus ayudantes:—"Mira, tú, Cucaracha, anda y diles a Eufemio y a Morales y a los otros, que dejen de plomear un rato a los "juanes," mientras arreglo yo aquí la rendición de la plaza, pa que no se sigan quemando más casas, que ahora sí ya les está llegando la lumbré a los aparejos. Y usted, Sanvicente, dígame al jefe que vengan, que no me tengan miedo, que no me como a la gente y que yo también les doy toda clase de garantías."

Poco tiempo después y amparados por una bandera blanca, que fué respetada por los rebeldes, los capitanes Esnaurrizar y León, acompañados de Sanvicente y de don Urbano Alcázar, vecino también del pueblo, llegaron al campamento de Zapata.

Una vez pie a tierra y cuando las personas mencionadas estuvieron frente al "general," Esnaurrizar tomó la palabra:

—Emiliano, como soldados y como servidores leales de un gobierno legítimamente constituido, hemos cumplido hasta lo último con nuestro deber, defendiendo la plaza como lo

hemos hecho, y no estaríamos en este lugar si nos quedaran cartuchos con que seguir defendiéndonos. De ello nos sentimos satisfechos; pero si esta conducta merece la reprobación de usted, haga lo que quiera con nosotros; estamos o sus órdenes.

—Bueno, y ahora ¿qué quieren?—contestó Emiliano.

—Que obligados por la falta absoluta de parque; ya con sólo unos cuantos hombres y deseando, por humanitarismo, evitarle mayores desgracias al vecindario, estamos dispuestos a capitular; pero queremos que esta capitulación se haga de acuerdo con lo que determina la ordenanza militar.

Zapata frunció el entrecejo como para pensar lo que debía decir. Nos llamó aparte a Montaña y a mí, consultándonos lo que debía hacer.

Nosotros desde luego hicimos notar a Emiliano que la petición de Esnaurrizar era justa y que se debía acceder a que la rendición fuera con todas las reglas que marca la ordenanza. En nada nos perjudicábamos haciendo las cosas conforme a las leyes de la guerra.

Pero en los momentos en que Emiliano iba a dar su conformidad, llegaban su hermano Eufemio, Amador y otros cabecillas que se le reunieron a él, interceptándole el paso.

—¿Quiúbole, chompa?—dijo Eufemio.

—¿Qué quieren allí esos?—agregó Amador.

Y después de hablar un largo rato con aquéllos, Emiliano se apartó de aquel grupo, uniéndose a Montaña y a mí, que lo esperábamos a unos cuantos pasos.

—Oye, compadre—dijo—dicen “los muchachos” que no debemos de aceptar la rendición con apego a esa ordenanza, porque es una ley hecha al antojo del dictador Porfirio Díaz y que sólo sirve “pa proteger a los científicos.”

Montaña y yo tratamos de sacar a Zapata del error en que lo habían metido los otros, pero no quiso convencerse. Llegamos al grupo donde estaban Esnaurrizar y sus compañeros.

—Yo no quiero saber nada—dijo Emiliano.—Esa ordenanza está hecha por la dictadura, así es de que mejor vamos

al grano: díganme claramente qué es lo que quieren.

—Ante todo, contestó Esnaurrizar,—queremos que al entrar ustedes al pueblo y posesionarse de la plaza, se respeten las vidas, honras y propiedades de todos los vecinos; que no se incendien ni saqueen las casas; que se dejen intactos los archivos del registro civil; que no se abran las puertas de la cárcel para los reos criminales; y por último: que todos los defensores tengamos garantizadas nuestras vidas y se nos deje salir sin molestarnos en lo más mínimo y con todos los honores militares a que son acreedores por su heroico comportamiento, los soldados.

Zapata nos llamó a Otilio y a mí, apartándonos del grupo:

—Está en lo justo el jefe, compadre—dijo Otilio.

—Obrando de esta manera—agregué yo—habrá una prueba ante la historia de que eres un revolucionario honrado que persigue el santo ideal de reivindicar a tu pueblo, y no un bandolero que persigue miras egoístas, que comete crímenes para ejercer venganzas y que roba para enriquecerse.

Eufemio, Amador y los demás cabecillas habían vuelto a reunirse con su gente y estaban ya lejos de nosotros; circunstancia ésta a la que se debió que Emiliano no consultara el caso con ellos.

—¿Y si no quedan conformes “los muchachos”?—preguntó Zapata.

—Tú, como “general” en jefe, debes hacer respetar tus determinaciones—replicó Montaña.—Comprende que de todas las tropelías que cometa esa gente, tú serás el único responsable ante la historia. Mañana no se dirá que las chusmas de Zapata son las que roban, estupran y asesinan; se dirá: “Zapata es un bandolero.”

—Tienes razón; vamos a decirles que acepto. Y adelantándose al grupo de Esnaurrizar, que esperaba con marcada ansiedad la resolución del “general,” dijo con cierto aire de solemnidad:

—Dicen mis secretarios que no hay inconveniente alguno en aceptar las condiciones que ustedes ponen; pero que se le-

vante una acta con las bases estipuladas, para que me quede un comprobante.

Inmediatamente después, Zapata ordenó que varios de sus ayudantes fueran a comunicar a los jefes de columna que las hostilidades habían cesado y que, por lo tanto, ya no se disparara un solo tiro.

Eran las seis de la tarde, una tarde nebulosa, sumergida en honda tristeza. Sin embargo, cuando las campanas de la parroquia dejaron oír su voz que hendía los aires llena de alegría, comunicando la buena nueva al vecindario, un rayo de esperanza y de júbilo penetró en todos los hogares.

CAPITULO XXII

Noche de angustia

Lo pactado por Emiliano comprometiéndose a respetar vidas, honras y propiedades, fué letra muerta para aquellas chusmas de bribones, salidas como un aborto del infierno, del bajo fondo de nuestro pueblo, sediento de apetitos desordenados; Emiliano no era allí, en medio de aquella turba hambrienta de latrofaciosos y de asesinos, más que un jefe de la revolución como allí podía entenderse. Excepción hecha de Otilio Montaña y del que estas líneas escribe, conscientes de nuestro papel y subordinados por educación, ninguno allí era capaz de entender cuál era y cuál debía ser la autoridad legítima de nuestro caudillo, y es casi seguro que si hubiera pretendido que fueran respetadas sus disposiciones al pie de la letra, él mismo hubiera sido víctima de los atentados salvajes de aquella desbordada avalancha de caníbales, que no había valladar humano que la contuviera en su avance devastador.

Cuando cundió en nuestras filas la noticia de la rendición de la plaza, y se tuvo la seguridad de que los federales no dispararían un solo tiro más sobre nosotros, nuestra gente en desordenado tropel se precipitó sobre la población, entregándose desde luego a todo género de excesos.

Lo primero que hicieron estos hombres fué abrir las puertas de la prisión. En contubernio bárbaro y sin nombre, atropellándose unos a los otros, lanzando vivas a Madero y todo